

Amoroso suspiro,  
 Vuela á mi bella;  
 Vuela tan silencioso,  
 Que no te sienta:  
 Y si te siente,  
 Dile que eres suspiro,  
 No de quien eres.

---

Tiende, noche benigna,  
 Tu oscuro velo,  
 Que me importa la vida  
 Ver á mi cielo;  
 Y amor me dice,  
 Que tu sombra y su venda  
 Me harán felice.

---

No te contentes, Fabio,  
 Con ser querido:  
 Camina á la victoria,  
 Pues ya hay camino.  
 Muchos se pierden  
 Por dormirse á la sombra  
 De sus laureles.

---

Yo desdeñé celoso  
 Su tierno halago;  
 Y ella los dulces ojos  
 Volvió llorando:  
 Y juez los celos,  
 Ella fué la inocente,  
 Yo fuí el reo.

---

## MADRAZO

(DON PEDRO).

Nació en Roma el año de 1816 á 11 de octubre, hijo del acreditado pintor de cámara, don José de Madrazo, y de doña Isabel Kuntz. Hizo en el Seminario de nobles, de Madrid, sus primeros estudios de latinidad, elementos de literatura, lenguas, filosofía y matemáticas, á las que se dedicó despues con ahinco y gran aprovechamiento, tal que pasando por aquel tiempo á seguir la carrera de la jurisprudencia á la universidad de Toledo, el rector de ella y algunos doctores formaron mucho empeño en que Madrazo regentara la cátedra de matemáticas vacante á la sazón: cuya proposicion se resistió á aceptar por exceso de modestia, no contando entonces mas que diez y seis años. Recibido el grado de bachiller en aquella universidad, pasó á continuar su carrera á la de Valladolid, y en ella dejó muy buen renombre debido á algunas disertaciones literarias que leyó en la Academia de oratoria, con gran aplauso de un numeroso auditorio que acudia á escucharle.

De vuelta á Madrid, fué colaborador del *Artista*, periódico de artes y amena literatura que por entonces vió la luz pública, y escribió tambien con profundidad sobre bellas artes, en otro periódico político de aquella época, titulado el *Español*.

La insigne y antigua Academia de los árcades de Roma, queriendo dar un público testimonio del aprecio que hacia del mérito de este jóven y filosófico poeta, le admitió en su seno en 1835, con el nombre de *Mneseo Bético*.

Hemos visto unos comentarios que ha hecho al *Tratado de derecho penal, de Rossi*, los que esperamos que no han de tardar en ver la luz pública, así como otra obra original sobre el *sistema carcelario*, que tiene tambien concluida: trabajos que lejos de ser estériles para la ciencia, contribuirán por el contrario á su mayor adelantamiento. Tambien se ocupa en la actualidad en una ilustracion y juicio crítico filosófico de los cuadros de Rafael existentes en el real Museo de Madrid, obra que indudablemente reportará notables beneficios á los artistas españoles.

## LAURA Y PETRARCA.

(No me Olvides, 20 de agosto de 1837.)

Nosotros no conocemos ya aquellos antiguos amores; aquellos amores tímidos y respetuosos que duraban tantos años, que se alimentaban solo con la memoria del mas ligero beneficio, de la mas insignificante muestra de preferencia, — con la esperanza de un favor aun mas pequeño; aquellos amores que se profanaban con solo llegar á un oído mortal, y que solo confiaban los enamorados á sus hermanos, los ángeles! Y esos amores se conservaban en el fondo del corazon como en un santuario impenetrable á toda mirada profana, y eran el consuelo para toda clase de dolores; eran el móvil de toda la existencia, el aliento de toda la vida, la llama sagrada de la inspiracion del artista y del poeta. No creais que el arte solo ha hecho esas *madonas* celestiales, llenas de candor y de hermosura, que nos han legado tantos pinceles inmortales, esas figuras de muger que la poesia ha engalanado con todos sus encantos, con todo su espiritualismo; no creais en esa inspiracion vaga, misteriosa, incierta, toda la gloria de esa obra pertenece á un recuerdo! Aquella *madona* ante la cual doblamos la rodilla; aquella muger velada en las maravillas de la poesia, es algun ignorado amor de poeta, — uno de esos amores que habrá conservado oculto en lo profundo de su alma sin escribir al pié de su retrato el nombre de su modelo, considerándose dichoso si, bajo su tela ó entre sus versos, se trasluce algun resplandor de esa llama que causa su felicidad ó su tormento. Y cuando la gente en tropeles se estasiaba delante de aquel cuadro en donde veia una muger encantadora, cuando admiraba la creacion mas delicada que pudiera haber animado jamas la poesia, « ¡qué hermosa! » exclamaba la turba de admiradores; y él, el pintor ó poeta, se decia en silencio:

« ¡ Qué parecida! »

¡ Ah! no volveréis á conocer estos amores; — en nuestra edad toda pasion verdadera, todo sentimiento profundo es casi ridiculo. ¡ Felices amadores los de los tiempos caballerescos! entonces eran conocidos estos amores. Entonces, y cuando las costumbres conservaban aun algun reflejo de tradiciones; cuando el hermoso sol de las creencias brillaba aun fuera de su ocaso, — porque en los tiempos del romance y de la balada, el respeto, la veneracion, y la idolatria eran deberes en el amor: y aquellas damas encantadoras no recelaban entregarse á la sola vigilancia de su caballero para atravesar la aspereza de las selvas y de los bosques.

¡ Oh Petrarca! por eso la noble y virtuosa señora de tu corazon no temia estar sola á tu lado á la orilla de esa fuente; por eso en los abrasados dias del estio pasabais allí unidos, separados del

mundo, soñando felicidad y respirando amores y poesia, esas horas preciosas de embriaguez veladas por esos árboles sombríos, en una trasparente gasa de mágica frescura y de verdor! Del mismo modo que el Tasso, ¡ oh poeta! nada pedias entonces á tu amor, cuando tanto esperabas, cuando tan poco te prometias.

« Molto brama, poco spera, e nulla chiede. »

Si, este amor alimentado de esa manera por espacio de tantos años, este amor que, resistiendo á la ausencia, resonaba en melodiosos cantares, mezclándose al vago murmullo de las aguas de Valchiusa; mezclando sus febles y delicados acentos de tristura, puros y aromados, como los acentos de un ángel que se levanta del seno de los lagos, á los misteriosos ecos que vagan sobre los iris vaporosos de esa fuente solitaria, que le recuerda la fuente donde pasaba tan dulces momentos; — que duerme agitada y murmuradora como la virgen de los campos que mueve los sonrosados labios y sonríe dormida soñando inocencia y candor; este amor que recuerda en las llanuras del rio Colon, exclamando tan dulcemente:

« Ovunque gli occhi volgo,  
Trovo un dolce sereno,  
Pensando: qui percosse il vago lume; »

este amor que no es capaz de extinguir el mismo casamiento de la hermosa Laura de Noves; este amor, por el que el señor de Sade, su mismo esposo, no se inquieta ni teme, nos parece en el dia extravagante y aun imposible. — Tal vez nos inspira solamente una duda ó una sonrisa...

Y sin embargo de este modo vivió el poeta, cantando su dama, su dama ausente, la muger que otro poseia y que solo en sus versos le pertenecia á él, pobre poeta... Y el recuerdo de un guante que al acaso habia ella dejado caer y que él habia recogido, y el recuerdo de aquella mano blanca y perfumada en la cual lo habia colocado y que quizás por distraccion ó por azar se habia apoyado un dia en su brazo, era toda la inspiracion de su lira; — mientras que para el corazon de la dama de Sade el recuerdo de su Petrarca, de su poeta, era un pensamiento á la vez de dulzura y de melancolia. — Por eso no lo ocultaba á su esposo; por eso este pensamiento no le causaba sonrojo cuando acariciaba la blonda cabeza de sus hijos que la rodeaban. — Los dos pasaron sus dias halagando tan castos y singulares amores; y cuando Laura murió, su poeta, uniendo su tristeza á la del señor de Sade, la lloró por todo el resto de su vida!...

¡ Ah! cuando volveremos á sentir estos amores de pureza y de poesia!

## LA SENDA DE LA VIDA.

« Partimos cuando nascemos,  
Andamos mientras vivimos. »  
JORGE MANRIQUE.

« Todos quantos vivimos que en pienes andamos,  
Siquiera en preson, ó en lecho lagamos,  
Todos somos romeos que camino andamos. »  
BERCEO.

« ¿En qué otra cosa gastas la vida, que en desear,  
siendo niño, verte mancebo, y que llegue el tiempo  
de verte mayor, y luego de verte hombre? ¿Qué  
verano hay, que no desees que se pase, y que llegue  
el invierno? Y siempre suspiras, porque llegue el  
día venidero... »

QUEVEDO.

A FERNANDO.

## I.

DESEO.

Pues que para empezar nuestra jornada  
Fuerza nos es nacer,  
Yo también, como tú, la primavera  
De la vida gocé;  
En la densa neblina de mi aurora  
Dormida la razón,  
En vagos horizontes divertida  
Mi infancia resbaló.  
Daba la cuna á mi tranquilo sueño  
Celeste y blanda luz:  
Y al despertar mis ojos encontraban  
Un cielo siempre azul.  
Llegó la edad en que prestó el sentido  
La luz á la razón,  
Y el ánima en el cuerpo aprisionada  
A sufrir comenzó;  
Mas eran mis dolores fugitivos  
Como lo era el placer,  
Como lo eran mis risas, con mi llanto  
Confundidas tal vez.  
Así del mundo la jornada varia  
Iba dejando atrás,  
Cogiendo flores y quebrando espinas,  
Hollándolas al par;  
Caminante perdido en el desierto  
Al principiar el día  
Que vaga errante, sin abrigo cierto  
Para la noche umbría.

Lejano monte al fin de la llanura

Cortaba mi horizonte;  
Curiosidad y anhelo me llevaron  
Al tope de aquel monte.  
En medio del camino de la vida  
Ví un florido vergel,  
Dulce mansion de juventud lozana  
Morada de placer.  
El sol que para mí brilló en Oriente  
Ya en el cenit tocaba,  
Fecundos rayos de encendida gualda  
A la tierra mandaba,  
A los besos del céfiro templado  
Doblábanse las flores,  
Y en los copudos árboles del prado  
Trinaban ruisiñores;  
Consonaban llorando al dulce acento  
Las fuentes adormidas,  
Párias dejando al querrelloso viento  
En lágrimas perdidas.  
Las aves en sus iris transparentes  
Sus plumas coloraban;  
Al vago murmurar de las corrientes  
Los ecos suspiraban.  
Y á la sombra del bosque delicioso  
Dulcemente enlazados,  
Los amantes, del tiempo presuroso,  
Gozaban, olvidados.  
Mancebos y bacantes bulliciosas  
Danzaban muellemente,  
Coronado de pámpanos y rosas  
El cabello luciente;  
Pero todos á una caminando  
De la selva florida,  
Por nuevos ocios siempre suspirando,  
Buscaban la salida;  
Solo algunos de rostros macilentos  
Perezosos seguían,  
Y hácia atrás con suspiros y lamentos  
La vista dirigían!...

Hermosura y fealdad entrelazadas  
Igual danza tegiendo,  
Pobreza y vanidad, desatinadas,  
Todas iban corriendo...  
Del alegre tropel seguí la senda,  
Fascinado el pensar;  
Yo también, como tú, llevé la venda

De niño con pesar,  
Y quise adelantarme, y la jornada  
Apresurar tardía...  
De la infancia la túnica gastada  
Con júbilo veía!

## II.

## AMOR.

Y también, como tú, de una mañana  
Al incierto lucir  
Los soñolientos párpados cansados  
Atónito entreabrí.  
Imágen de muger, que vagarosa  
Vió en el pensil de amor,  
Trujo á mi mente el rayo de la aurora  
Cual blanca aparición.  
Cual bosteza su bruma el hondo lago  
Al despuntar la luz,  
Sordos suspiros á la esfera alzando  
Desde su fondo azul,  
Así la niebla huyó del alma mía  
Al rayo del amor,  
Y un armonioso canto de esperanza  
Alzó mi corazón.  
Tendí confuso á la pasada noche  
La sonda del pensar,  
Inmenso hueco della separaba  
Mi vago despertar!  
Cual nuevo sol la hermosa de mi mente  
El pecho me inundó,  
Y al himno universal de la mañana  
Latió mi corazón.  
Latió mi corazón por vez primera  
De amor y de alegría,  
Como las hojas de una flor que hubiera  
Brotado con el día!

## III.

## DESENGAÑO.

A la fecunda llama apetedida  
Sentí mi frente arder;  
Tú, entonces, aun cruzabas de la vida  
El fresco amanecer.  
Seguiste mis pisadas presuroso  
Y presto nos unimos

Juntos cantando, por el bosque umbroso  
La planta divertimos.  
Los dos, querido hermano, abandonamos  
La túnica gastada;  
¡Ah! la de juventud que ora llevamos  
También será trocada;  
Mas yo que antes probé la nueva senda,  
Antes probé el engaño.  
Deja que el brazo fraternal te tienda  
Para evitarte el daño.  
También en la floresta encantadora  
Que alborozado huellas,  
Hay rígidas mañanas sin aurora  
Y noches sin estrellas.  
También hay horas de dolor y llanto  
Y temprana agonía,  
En que cubre los rostros el quebranto,  
En que se enluta el día.  
Perdimos el albor tanto risueño  
De la inocencia pura,  
Y en los misterios de lascivo sueño  
Buscamos la ventura.  
Queremos halagar la muelle planta  
En el onda olorosa,  
Y sacamos prendida á la garganta  
La sierpe venenosa!  
Ya alargaste tal vez la mano osada  
A la flor purpurina...  
Díme si no sentiste la punzada  
De la escondida espina;  
Si á tu embriagado olfato al ofrecerse,  
Abierto el seno blando,  
No sentiste su aroma desprenderse,  
Su color marchitando.  
¿Qué es della ahora? el impetuoso viento  
La arrastra, de tal suerte  
Que miras en su resto amarillento  
La imágen de la muerte!

Así todo al comenzar	Desta inmensa sepultura
Va derecho á concluir,	Siempre abierta á nuestros ojos.
Los árboles á secar,	Todas así pasarán;
Los arroyos á la mar	Mira del árbol las frondas
Y los hombres á morir.	En alas del huracán,
Las galas de la natura	Como bajan á las ondas,
Todas así son despojos.	Como por el suelo van.
¡Ah! nunca vemos la hartura	Tiende la vista al collado,

Al bosque que el sol cubria,	De mancebos, no quedó
Aquel antes matizado,	Mas que un tropel macilento.
Este de álamos poblado,	Míralos allá encorvados
Cubiertos de nieve fria.	Los que tan alegres vimos
Y las ondas transparentes	Descender desfigurados
Que por su frente corrieron,	Dejando en pos, marchitados
Hebras de plata lucientes,	Lirios y secos racimos.
Y las querellosas fuentes	Muere en el triste llorar
De los prados ; qué se hicieron !	Del hombre el vano reir,
Como ellas tambien cesó	Del viento en el susurrar
Del ave el dulce lamento,	Del ave el dulce trinar,
Y del festin turbulento	Del lago el hondo gemir.

La flor, el ave, el bosque, cuanto agora  
 Ese vergel encierra,  
 Todo habrá de tornar yerto cádaver  
 Al seno de la tierra;  
 Pero nosotros, al morir, dejamos  
 La forma desgastada  
 Como deja el cayado el caminante  
 Al fin de su jornada.  
 Somos en este mundo peregrinos;  
 No nos halague el suelo;  
 Alzemos al Señor nuestra esperanza  
 Y los ojos al cielo.  
 Del alcazar eterno adonde vamos  
 No torzamos la senda.  
 Aunque en la débil planta la escondida  
 Espina nos ofenda,  
 Suframos el dolor y la fatiga;  
 Que si el placer buscamos,  
 Cuanto mas elegimos el camino,  
 Mas presto tropezamos.  
 No importa que la rígida tormenta  
 Enlute nuestro día  
 Si la estrella que nunca abandonamos  
 Su rayo nos envía.  
 Dejemos á la mísera alimaña  
 Los ocios deste suelo;  
 Por tan escaso bien ; ah ! ; no troquemos  
 La eterna luz del cielo !  
 Unidos por el áspero camino,  
 Seguros marcharemos  
 Si, cuando mal la planta dirigimos,  
 La mano nos tendemos.

¡Ay! que en la senda de la humana vida,

No hay al comienzo ni á la fin parada!  
 Corre la senectud á la bajada,  
 Como corre la infancia á la subida.

Dános valor la fruta apetecida  
 Para empezar contentos la jornada;  
 Dános temor el verla emponzoñada  
 Para acabar contentos la partida.

A dar al suelo lo que dél hubimos,  
 Todos en este mundo caminamos  
 Con el ave y la flor en igual suerte;  
 Mas, solos, en espíritu vivimos,  
 Cuando la humana forma abandonamos  
 Al cruzar los umbrales de la muerte.

## II.

## STELLA MATUTINA.

De las azules aguas del oriente  
 El primer murmurar llegó á mi oido,  
 A mi oido durmiente;  
 Y huyó el sueño tenaz, tornó el gemido.  
 Huyeron mis dolores  
 Con la hermosa vision de mi enemiga;  
 Así de mis amores  
 Sentí aflojar el áspera fatiga.  
 Cual suelta la cadena, al prisionero  
 Es dulce fresco baño,  
 Así la luz del matinal lucero  
 Fué á mí, tras tanto daño.  
 Sus rayos á mis párpados llegaron  
 Por entre el velo de la niebla fria;  
 Fascinados mis ojos la miraron...  
 Era la estrella mia!  
 Sobre el dormido suelo  
 El aromado pie posó un instante  
 Y el llano palpité; su blanco velo  
 Tendió la aurora al lago murmurante.  
 Su cristal trasparente  
 Vagos suspiros levantó corriendo  
 El onda reluciente,  
 Cual bella que entre gasas va riyendo.  
 Como mirada de gentil doncella  
 Triste y bañada en lágrimas de amor,  
 Así llegó á mis ojos de mi estrella  
 El brillo temblador;

Quedó inmóvil mi pálida figura  
Mirando el claro resplandor que huía;  
Inundó mi pupila su luz pura,  
Y el alma respondió con su armonía.  
Y el pensar encantado  
Pasó del astro á la vision primera;  
Y el corazón herido, aun no curado,  
Tornó á la pena fiera!

Solo un instante, al despertar, la calma  
Difunde sobre mí esa estrella pura,  
Para volver, embalsamada el alma,  
Al llanto y la tortura:

Porque sonríe la aurora  
Al morir de mi estrella matutina;  
Y el sol los campos dora,  
Y el onda de los mares argentina;  
Alzan bosques y prados  
Cantos de brisa, alientos de frescura,  
Y montes y collados  
Tienen sus crestas en su lumbre pura.  
Y el himno universal de los sonidos,  
Iris de luz, y olores,  
Despierta en mis sentidos  
Latiendo el corazón, el son de amores:  
Y torna el pensamiento aprisionado  
A tí, del día señora,  
Cual si la inmensidad de lo creado  
De tu sereno sol fuese la aurora!

Así de amor al áspera cadena  
Vuelvo, y al llanto, y al tenaz ensueño,  
Como vuelve el esclavo á la faena  
Al alzarse su dueño.

## AL TOQUE DE ORACIONES.

« Oremus!... »

Vamos al templo y oremos,  
¡Oh, niño! la luz se esconde,  
Se acalla el suelo:  
En su recinto escuchemos  
La voz que al hombre responde;  
La voz del cielo.  
De los contrapuestos mares  
El sol con trémula lumbre

Completa el giro;  
Aun de los santos cantares  
Por la gótica techumbre  
Vaga un suspiro.  
Allí tu frente serena  
Al eterno Dios que ama  
La tierna infancia,  
Alzará, fresca azucena

Que al pie del altar derrama  
Su fragancia.  
Y yo al pie de la vidriera,  
Que del sol purpureo enciende  
El resplandor,  
Oír tu oración sincera,  
Como á su disculpa atiende  
El malhechor.  
Que á sencillas oraciones  
Da la luz de los altares  
Fervor santo;  
Y á mis tristes reflexiones,  
La sombra de los pilares  
Mas quebranto.  
Cual flor en la noche abierta,  
Del crepúsculo en la incierta  
Claridad  
Sumergido el pensamiento,  
Brotó en el entendimiento  
La verdad!  
De esa mansion de sosiego  
Es la triste campanada  
La voz pura,  
Y esos símbolos de fuego,  
De la religión sagrada  
Son figura;  
Sus agujas cinceladas  
Que las nubes apiñadas  
Van rasgando,  
Son las plegarias que hacen  
Los que en sus sepulcros yacen  
Descansando.  
Y cuando el órgano truena,  
Sus cien voces sepulcrales  
Con estruendo,  
Se oyen á su voz serena  
Por los arcos colosales  
Ir creciendo!  
De la selva el susurrar  
Halaga su inerte calma  
Dulcemente,  
Como místico cantar  
Que agita la paz del alma  
Del viviente.  
Y el bosque que se ennegrece,  
Y el lago que se adormece  
Al estruendo

De la espumosa cascada,  
Van sus frondas y su oleada  
Estremeciendo.

Bajo el pórtico sombrío,  
Sus aromas respiremos,  
Y la tristura:  
La ancha gota de rocío  
De sus hojas contemplemos,  
Clara y pura:  
Tal es nuestra alma inocente  
En el árbol de la vida  
Al nacer;  
Se alza el huracán rugiente,  
Y al pantano, sacudida,  
Va á caer.  
De esas gotas tan brillantes  
Que blanda el aura estremece,  
¡Cuántas ¡ ay!  
En las aguas ondeantes  
En que aquel árbol florece;  
Muertas hay!  
Otras hácia el firmamento  
Deshechas el sol levanta,  
Siempre puras;  
Así el último lamento  
Del justo, es eco que canta  
En las alturas!  
¡ Ah! que nunca la pasión  
A tus negros ojos quite  
Y á tu frente  
La calma, y tu corazón  
Nunca agitado palpite  
Sordamente!  
Antes vuelvas á la nada,  
O del limbo al soñoliento  
Triste bando,  
Que en tu cándida mirada,  
Ver un negro pensamiento  
Germinando!  
Así descuella enlutado  
El negro perfil de un monte  
Pavoroso,  
Sobre el manto sonrosado  
Del sol en el horizonte  
Luminoso.  
De aquel negro pensamiento

Son engendros la maldad  
 Y la ambicion :  
 Por él el propio contento  
 Nos arranca la piedad  
 Del corazon.  
 Pero vejeta el impío  
 Por su loco desvarío  
 Trabajado,  
 Y la dulce paz le niega  
 El Señor de quien reniega...  
 ¡Desgraciado!  
 Y al feroz y altivo dueño  
 De terrenos dilatados  
 Y castillos,  
 Velan el inquieto sueño  
 Concubinas y soldados  
 Y rastrillos!  
 Tenga en un monte escarpado,  
 De torres una cadena,  
 Venda de lino,  
 Como turbante arrollado  
 Sobrè la frente morena  
 De un beduino...  
 Ese poder terrenal  
 Que tu mente angelical  
 Va recreando,  
 Tal vez, coloso impotente,  
 El pie ensangrentado siente  
 Ir resbalando!  
 Cual tu blanda mano oprime  
 Esta descarnada mano  
 Que te guía,  
 Allí en noche eterna gime  
 La virtud, y espera envano  
 La luz del dia!  
 Aun mas pura es que el rocío  
 Esa lágrima que corre  
 Por tu mejilla;  
 Vamos al templo, ángel mio,  
 Sus franjas el sol descubre,  
 La luna brilla.  
 Vamos al templo y lloremos,  
 Tú el dolor de los mundanos,  
 Yo mi dolor :  
 ¡Por los difuntos oremos!...  
 ¡Tú por tus padres y hermanos;

Yo por mi amor!!  
 ¡Ay! que su memoria ardiente  
 De mi helado pecho aviva  
 La ceniza;  
 Y en las ondas de mi mente,  
 Cuál fantasma fugitiva  
 Se desliza!

Pero es la plegaria santa  
 Para todos los pesares  
 El consuelo :  
 La mano que nos levanta  
 Desde el fondo de los mares  
 Hasta el cielo.  
 Falta al esquife la lona,  
 Y contra el peñasco yerto  
 Nos rompemos :  
 Si la fé nos abandona  
 Antes de llegar al puerto,  
 ¿Que serémos?  
 Se alza el huracan rabioso  
 De mundanas ambiciones  
 Que no huimos,  
 Y en el mar tempestuoso  
 De las humanas pasiones  
 Nos hundimos!  
 A su rudo balancé  
 Del incrédulo el conjuro  
 No resiste :  
 ¡Ay del miserable ateo,  
 Qué su dia es siempre oscuro,  
 Siempre triste!  
 Reniega en su sed rabiosa  
 Del Señor que lo ha criado,  
 De tal suerte,  
 Que en su noche tenebrosa  
 Mama el pezon desecado  
 De la muerte!!

Los suspiros escuchemos  
 Que ya el lago murmurando  
 Va por su orilla :  
 Vamos al templo y oremos;  
 Ya sus flechas plateando,  
 La luna brilla.

## MARINA

(DON FRANCISCO MARTINEZ).

Ninguna noticia particular hemos podido adquirir de este célebre escritor, cuyas obras políticas han ejercido una influencia tan eficaz en la suerte de la España moderna. Tenemos idea de que era natural de Zaragoza, ó por lo menos aragonés, y en cuanto al año de su nacimiento, fácil es deducirle de lo que dice en el prólogo de su escelente *Historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, fol. 68 : « Espera el autor de esta obra que los lectores usarán con » él de indulgencia, considerando que su escrito es parto de la ve- » jez y que lo ha concluido en la edad de setenta y cinco años... » Si lo concluyó, como es de presumir, cuando lo publicó, que fué en 1832 (Zaragoza), debió nacer por los años de 1757.

Las principales obras de Marina son la *Teoria de las Cortes*, el *Ensayo histórico critico sobre la antigua legislacion de los reinos de Leon y Castilla*, la citada *Historia de nuestro Señor Jesucristo* y de la *Doctrina moral cristiana*, y en fin un estenso *Discurso sobre el origen de la monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español* para servir de introduccion á la *Teoria de las Cortes*, del que extractamos tres pequeños fragmentos, unicamente como muestra del estilo del autor, pues en cuanto á sus ideas, son harto conocidas y aun han cundido demasiado en España para que sea preciso recordarlas. No es menos conocida su vida pública, y así por esto como por no tener á la mano mas datos positivos sobre ella que nuestros recuerdos, que no ascienden á mucho tiempo, nos limitarémos á decir que en las dos pasadas épocas constitucionales, el Sr. Marina se distinguió muy particularmente por su vasta instruccion y por su vehemente anhelo de rápidas reformas políticas, anhelo que con mucha frecuencia le hizo tomar sus deseos por realidades, y presentar bajo un aspecto falso, aunque sin duda de muy buena fé, las instituciones y libertades de nuestros antepasados. Por eso es de temer que Marina, en medio de sus brillantes cualidades, deje pronto de ser, como ha sido en los momentos de efervescencia en las ideas por que ha pasado España, como por un mar tempestuoso, lo que generalmente se llama *texto de Historia*. Puede que nos engañemos, pero no nos engañarémos solos. Por el pronto, ya sus opiniones políticas no forman autoridad.

Murió este escritor en Zaragoza poco despues de publicada su historia de Jesucristo. Fué canónigo de la iglesia de San Isidro de Madrid, é individuo de las academias española y de la historia.